

“La importancia de aprender a contar hasta cien”

Gato Naranja

Me mudaron de colegio cuando tenía seis o siete años. Para mis padres significaba la solución a mis malas notas, para mí, un duro golpe tras el que aprendí que las amistades de la infancia son tan frágiles como el hilo dental.

Me faltan dedos para contar mis primeros amigos, aquellos cuyos nombres memoricé en párvulos de las etiquetas de los babis. Los chicos colgábamos los nuestros, los azules, al lado de los rosas. A algún gamberro le gustaba cambiarlos de lugar para desconcertar al resto. Otras veces, se perdían y provocaban un amargo moqueo que ni con un paquete de *clínex* se podía parar. Quizás fue por esto que la señorita Susi pidió a nuestros padres bordar nuestros nombres en los bolsillos.

¡Ay! La señorita Susi... Puede que ella fuera la mejor maestra que he tenido nunca. Nos daba de todo: matemáticas, conocimiento del medio, plástica... y cantaba. ¡Cómo le gustaba cantar, y que nosotros cantásemos con ella! Todos juntos entonábamos las lecciones, decía que así aprenderíamos más rápido. No nos engañaba. Gracias a sus métodos pude memorizar hasta el diez, luego hasta el veinte, más tarde hasta el treinta...

No entiendo por qué la llamaban “la bruja”. Su rostro estaba arrugado, sí, y su nariz ganchuda no le hacía justicia, ¡pero no tenía nada de mala! Además, ¿cuántos años se supone que vive una bruja? ¿Noventa? ¿Noventa y nueve? Ella solo vivió hasta los sesenta y siete. La vida no le dio más tiempo para enseñarnos a contar hasta cien. ¡Qué desgracia para mí! A las siguientes maestras no les gustaba cantar...

Llorar por la señorita Susi quizás fue otro de mis innumerables errores. A raíz de su muerte aprendí que la vida es demasiado corta, incluso para las brujas. No tengo claro si un niño puede entrar en depresión, pero lo que sí sé es que mis notas comenzaron a caer en un nicho del que difícilmente podían resucitar.

Mis amigos trataron de ayudarme con las tareas: Juanpe, Rosabel, Falou... No recuerdo cuántos éramos en clase, pero seguro que más de treinta. Lo que

más me agradaba es que todos eran mis amigos. Mucho antes de que aparecieran las leyes escritas a *plastidecor*, allí, en aquella aula de primaria, no había distinciones por sexo, color o altura. Tampoco nos emparejábamos en grupos o selectivos corros de pupitres. No había guapos ni feos, tontos ni listos. Todos nos ajuntábamos con todos, como una gran familia.

La noticia de mi partida conmocionó a toda la clase. Para mí también era una sorpresa. Al principio, tratamos de tomárnoslo con calma, pero conforme pasaban los días notaba cierto aislamiento. Mis amigos se estaban convirtiendo en compañeros de clase. Juanpe dejó de ayudarme con las tareas y Rosabel ya no me miraba a los ojos. Durante los recreos, todos evitaban seleccionarme en los juegos. Lo pienso ahora y no les puedo culpar. Yo también habría hecho lo mismo. Supongo que duele menos fingir una afonía que quedarse mudo de la noche a la mañana.

No me despedí bien de ellos. Creo que les escribí una carta rápida y llena de resentimiento que nunca recibieron. Mis últimos días allí preferí no manchar nada; ni dejar una lágrima en cada pupitre, ni dibujar una falsa carita sonriente en la pizarra. Era demasiado arriesgado, así que solo dejé que los días pasaran como si nada.

Mi nueva escuela era gris y sucia; una de esas construcciones de ladrillo rojo empotradas en la cuenca de un barrio obrero. A menudo unos nubarrones nacían de las chimeneas de las fábricas taponando la vida desde los semáforos hasta el cielo. Esos días no hacíamos gimnasia, pero al director eso le importaba poco.

Don Ginés era el director y jefe de estudios de mi nuevo colegio; un tipo intolerante y grandullón al que poco le interesaba el bienestar de sus alumnos. Su despacho parecía una barbacoa, y su escritorio un cementerio de puros. Él fue quien convenció a mis padres de que necesitaba repetir curso. ¿Su única justificación? Yo no sabía contar hasta cien.

Mis padres se llevaron las manos a la cabeza. Yo me puse muy nervioso. Ahora quizás es normal, pero entonces repetir curso era sentenciarse al fracaso eterno. Me puse las pilas con los números, pero nada. Contaba hasta

diez, luego hasta veinte, más tarde hasta treinta... Así hasta llegar al noventa. Y cuando pasaba del noventa y nueve... ¡Plof! La mente en blanco.

Como era de esperar, aquel año comencé el curso sin subir de escalón. Don Ginés, que casualmente también era el profesor de matemáticas, se aseguró de que así fuera. Sus clases eran aburridas, y mis nuevos compañeros parecían *zombies*. Unos tenían la mirada perdida y otros dormían con las cabezas sobre las mesas. De vez en cuando, Don Ginés lanzaba un potente bramido que sobresaltaba tanto a los dormidos como a los despiertos.

Su dureza a menudo superaba su razonamiento. Cuando alguien no entendía la lección, lo obligaba a copiarla cien veces en un papel, a veces hasta trescientas. Decía, con la voz ronca, que así no se olvidaba nunca. ¿Pero cómo se puede olvidar algo que no se ha aprendido?

A mí me tenía mucha manía. Estuve día sí y día también escribiendo la misma frase: “Un padre para cien hijos, antes que cien hijos para un padre”. Al día siguiente le entregaba las copias entre temblores. “¡Ojalá no me falte ninguna!”, rezaba. Don Ginés las iba contando una a una con la punta de su puro. Seguidamente arrugaba los folios y los arrojaba a la papelería. “Mañana me traes cien, como te dije”, me volvía a mandar.

Unos días le llevaba noventa y nueve copias, otros, ciento dos. Pero nunca llegué a acertar al cien. Medio llorando trataba de finalizar los cánticos de la señorita Susi, por ver si así lograba terminar lo que ella no pudo. Era imposible. No me salían las notas, al menos no tan bien como ella habría querido. Así pasaron los años hasta que cumplí la edad en la que la escuela ya no era capaz de disimular la vergüenza de un fracasado.

Un día, me encontré con Juanpe en la calle. ¡Se le veía bastante bien! Me miró de pies a cabeza y se disculpó por haberme abandonado en la primaria. No se lo tuve en cuenta. Nos abrazamos dos segundos. Parecía incómodo. Le supliqué un favor antes de despedirnos. Él ahora es contable, se dedica a contar dinero, así que le pedí que me ayudara a contar mis monedas. Cuando terminamos, me puse a llorar; primero de tristeza, luego de la alegría. ¡Qué tarde aprendí a contar hasta cien!